la señora María Felicidad do Couto — muerta en 1864, — la cual se considera como un verdadero genio poético, digno de una compatriota de Camoens.

Leonor Correa da Sa ha escrito obras morales y novelas apreciadas debidamente en Portugal.

Juana Margarida Mancia Ribeiro da Silva escribió la relación de la campaña de Napoleón I á Rusia en 1812, varias poesías y un *Elogio á lord Wellington,* que es su obra maestra.

PARTE SEXTA

LITERATAS EN LA AMÉRICA ESPAÑOLA

I

Misión de la escritora en Hispano-América[1].

La cuestión que desearíamos — no diremos delucidar, — pues no nos alcanzan las fuerzas para tanto, — pero sí tocar de paso, es ésta en primer lugar : ¿cuál es la misión de la mujer en el mundo? Indudablemente que la de suavizar los costumbres, moralizar y *cristianizar* las sociedades, es decir, darles una civilización adecuada á las necesidades de la época, y al mismo tiempo preparar la humanidad para lo porvenir; ahora haremos otra interrogación : ¿Cuál es el apostolado de la escritora en el Nuevo Mundo?

Estudiemos primero lo que el señor de Varigny dice en su obra sobre la *Mujer en los Estados Uni-*

1. Ya esto se había publicado antes (en la *Columbia Ilustrada* de Bogotá), artículo que fué reproducido en periódicos sud-americanos.

dos. « Cada raza, escribe, se ha formado un ideal particular de lo que debe ser la mujer. Las ideas, como las lenguas, varían, y para explicar mi pensamiento veamos cuál es éste. Para los *franceses* la mujer personifica y incarna en sí todas las exquisitas y delicadas perfecciones de la civilización; para el *español* es una virgen en una iglesia; para el *italiano*, una flor en un jardín; para el *turco* un mueble de dicha. No olvidemos la queja candorosa de la joven árabe : « Antes de ser mi esposo besaba la » huella de mis plantas y ahora me engancha con su » asno á su arado y me hace trabajar ».

» El *inglés,* precursor del americano, ve sobre todo en la mujer la *madre* de sus hijos y la *señora* de su casa. Al abandonar á Inglaterra, la mujer que fué á establecerse á la América del Norte, no dejó en Europa sus costumbres y sus tradiciones. Todo emigrante, rico ó pobre, lleva un mundo consigo, mundo invisible de ideas, resultado de la primera educación, herencia de las anteriores generaciones, cosas que no abandona cuando todo lo abandona, sino al cabo de mucho tiempo, y que casi siempre conserva piadosamente. » Así pues, para el americano del Norte, su ideal es igual al del inglés, pero allí la mujer es todavía más señora de su casa que en Inglaterra.

El hispanoaméricano, más adelantado en estas cosas que el español — su antepasado, — ve en la mujer algo más que « una virgen en una iglesia ». Se ha notado que en todas las repúblicas que se formaron después de la independencia, se ha tratado desde su fundación de dar á la mujer una educación mejor y un papel más amplio en la vida social. Los

gobiernos han hecho grandes esfuerzos para redimirnos de la situación secundaria, y no diremos secundaria sino ínfima, á que nos condenaban las costumbres coloniales, hijas de las españolas.

En Colombia, por ejemplo, se da una educación bastante adelantada en las escuelas normales á las señoritas que después son maestras de escuela para niños de uno y otro sexo, y se ha observado que en las escuelas de primeras letras superan en mucho á los hombres en instrucción, orden, comportamiento, etc. En Bogotá hay una Academia de música para niñas, de la cual han salido maestras de primer orden; y hubo en años pasados otra de dibujo y pintura en que el sexo femenino no se quedó atrás de lo llevado á cabo por los jóvenes. De la escuela de telegrafía regida por una señora consagrada á esa enseñanza, han resultado empleadas muy notables que sirven al gobierno en gran número de oficinas de la República. En la Escuela de medicina de Bogotá se ha dado entrada á señoritas que asisten á las clases con los estudiantes y son altamente respetadas por ellos. Se abre, pues, un horizonte más extenso á las aspiraciones de la mujer en Colombia y en otras naciones hispanoamericanas (como lo hemos visto en otras secciones de este libro) y en breve sucederá en estas repúblicas como en Norte-América, que se contará con la influencia femenina para la buena marcha de la sociedad.

Una vez que la mujer ha conquistado la importante posición que ocupa en la sociedad hispanoamericana, es preciso que medite en ella y sepa qué se espera de esa influencia que va á ejercer en esos países nuevos (los cuales parece como si ya empeza-

sen á abandonar la época de turbulencias y conjuraciones políticas que durante más de ochenta años obscurecieron el horizonte social de las nuevas repúblicas) para entregarse al trabajo y á elaborar un progreso juicioso; debemos reflexionar maduramente acerca del papel que hará la mujer en el nuevo orden de cosas que se prepara.

Concluyó para estos gobiernos su estado de fermentación, indispensable, según las leyes de la naturaleza, para que se produzca *una nación* con elementos encontrados, heterogéneos y distintos. « Compararía voluntariamente, decía Carnot (el padre del que fué presidente de Francia), un país revolucionado á nuestros grandes cubos de vendimia : en el cubo de las pasiones todo se agita, de la superficie hasta el fondo, desde el vino más generoso hasta las heces más inmundas; pero la fermentación purifica y ennoblece el licor. »

De aquí para adelante no hay duda que se verán trastornos públicos, cambios de gobiernos y quizás de sistemas, pero las naciones se salvarán en brazos de la civilización, cuyas leyes impedirán que se atrase en las veredas del progreso por las cuales transitan con conocimiento de causa, y los gobiernos se reconstruirán en breve sobre bases sólidas y respetables.

Los Estados Unidos, en donde la prosperidad es tan asombrosa, nos deben dar en esto ejemplos saludables para Hispano-América; y en aquel país que en adelantos materiales se halla á la cabeza de todos los demás, la mujer goza de una inmensa y reconocida influencia. ¿Por qué así? Porqué es respetada por todos. ¿Y por qué es respetada? Porque sus acciones,

su carácter, su valor moral la hacen respetable; porque, á más de cumplir sus deberes como esposa y como madre, es real y positivamente la compañera del hombre; no es una flor, un ensueño, un juguete, un adorno, una sierva; es igual á su marido y á su hermano por la solidez de su instrucción, la noble firmeza de su carácter, por sus dotes espirituales, y por consiguiente para ella todas las carreras le están abiertas, menos una, la menos envidiable — la de la política. En Norte-América no solamente son empleadas públicas, abogadas, médicas, agricultoras, banqueras, etc., etc., sino que hacen competencia á los hombres en esos puestos de igual á igual. No se las da ningún empleo ó recompensa por favor; no se las elogia sino cuando lo merecen; no se las concede premio, ni son elevadas á un puesto honorable sino porque pueden ocuparlo mejor que cualquier hombre. Ésta es la verdadera justicia, y á ella debemos aspirar si queremos ejercer una verdadera y benéfica influencia sobre nuestros conciudadanos; pero para merecerla es preciso que trabajemos con seriedad, que renunciemos á favores especiales y que no pidamos sino estricta justicia y nada más.

Entre las naciones de raza española, aun se mira á la mujer como á un ser inferior, como á un niño, y se la elogia cuando se eleva un poquito sobre la medianía con una exageración que abochorna. Debemos, empero, rechazar cierta clase de ponderaciones como una ofensa casi, porque éstas prueban que se aguardaba tan poco de nosotras, que cualquiera cosa que hagamos, y que prueba alguna instrucción ó talento, es extraña en nuestro sexo y se debe aplaudir como una rareza fuera de lo natural. No nos enva-

nezcamos, pues, con elogios pasajeros que se lleva el viento, porque no tienen peso, y ocupémonos en la misión de la cual debemos encargarnos.

La moralización de las sociedades hispanoamericanas, agriadas por largas series de revoluciones, de desórdenes y de malos gobiernos, está indudablemente en manos de las mujeres, cuya influencia, como las madres de las futuras generaciones, como las maestras de los niños que empiezan á crecer y como escritoras que deben difundir buenas ideas en la sociedad, deberán salvarla y encaminarla por la buena vía.

Pero, se dirá, aunque hay escritoras hispanoamericanas, son éstas tan pocas, en realidad, tan contadas; confían, además, tan poco en sus facultades intelectuales, que será imposible que tengan influencia, ni la más pequeña, en la marcha de la sociedad. Así parece realmente, y, sin embargo, hubiera muchas más mujeres escritoras si fueran menos tímidas, si se persuadiesen de que tienen una misión benéfica que desempeñar, pues la mujer siempre quiere ser útil cuando es buena, y olvida todo si se persuade de que en su mano está el hacer el bien.

En Colombia, por lo menos, la mujer es altamente respetada y confío en que en otras repúblicas sudamericanas no sucederá, ¡á Dios gracias! como en España, valga el dicho del insigne literato y diplomático, don Juan Valera, en donde « toda mujer que se lanza á ser autora hay que suponer en ella valentía superior á la valentia de la Monja-Álferez, ó á la propia Pentesilea ». « Cada *dandy*, añade, si por acaso la encuentra, será contra ella un Aquiles, más para matarla, que para llorar su hermosura después

de haberla muerto. Quiero decir, dejando mitologías á un lado, que en literatura suelen ver en las escritoras los solterones algo de anormal y de vitando de desordenado é incorrecto, por donde crecen las dificultades para una buena boda, etc., etc... »

No, entre nosotros en Hispano-América, no sucede así, y una mujer que escribe para la prensa no es mal mirada en la sociedad; al contrario se la atiende y respeta (cuando no se la envidia y se la hace la guerra bajo cuerda). Esto debe provenir de que las poetisas han sido todas mujeres de su casa, que no la han descuidado porque acaso en sus horas perdidas emborronan papel. Con este motivo, no solamente se las permite sin dificultad escribir versos y prosa, sino que se las anima y aun se las elogia mucho por la prensa, demasiado, como ya dijimos antes, porque esto envanece á las principiantas.

Una vez que la carrera de escritora está abierta y pueden las mujeres abrazarla sin inconveniente, todas las que se sientan llamadas á ello deberían fijarse en una cosa : en el bien que pueden hacer con su pluma. Si Dios les ha dado cualidades intelectuales, aprovéchense de ello para empujar á su modo el carro de la civilización; no imitemos el estilo de moda hoy día en literaturas extranjeras y mucho menos el francés; no pintemos vicios ajenos, sino virtudes propias de nuestro suelo. No en vano el Altísimo ha prodigado en América todos los dones de la naturaleza más bella del mundo para que desdeñemos describirla; no nos ha puesto Dios en esos países nuevos, que trabajan en formarse, para que no estudiemos su historia y sus costumbres y de ellas saquemos enseñanzas provechosas.

Mientras que la parte masculina de la sociedad se ocupa de la política, que rehace las leyes, atiende al progreso material de esas repúblicas y ordena la vida social, ¿no sería muy bello que la parte femenina se ocupase en crear una nueva literatura? Una literatura *sui generis,* americana en sus descripciones, américana en sus tendencias, doctrinal, civilizadora, artística, provechosa para el alma; una literatura tan hermosa y tan pura que pudieran figurar sus obras en todos los salones de los países en donde se habla la lengua de Cervantes; que estuvieran en manos de nuestras hijas; que elevaran las ideas de cuantos las leyesen; que instruyesen y que al mismo tiempo fueran nuevas y originales como los países en donde hubiesen nacido... En esta literatura de nuestros ensueños no se encontrarían descripciones de crímenes y escenas y cuadros que reflejaran las malas costumbres importadas á nuestras sociedades por la corrompida civilización europea; pues digan lo que quieran los literatos de nuevo cuño, la novela no debe ser solamente la descripción exacta de lo que sucede en la vida real entre gentes de mala ley; la novela puede interesar *á pesar* de ser moral, y debe pintar gráficamente la existencia humana y al mismo tiempo lo ideal, lo que debería ser, lo que podrían ser los hombres y las mujeres si obraran bien.

¿Qué misión más bella para una mujer que proporcionar solaz y dulces lecciones á la sociedad? Nótese que todas las obras que sobreviven en el ramo de la bella literatura tienen no solamente un fondo de moralidad, sino que también su lenguaje es pulcro, elegante y que sólo despierta imágenes puras y hermosas. Las excepciones á esta regla son contadas y la confirman.

Nuestros países empiezan á formarse; es preciso que como el árbol pequeño que puede enderezarse ó torcerse, nuestras costumbres crezcan derechas y bien formadas, y que podamos presentarnos las mujeres escritoras del nuevo mundo sud-americano con todo el realce y la vitalidad sana y benéfica de las de la América del Norte.

En sociedades que no solamente han llegado á su madurez, sino que empiezan á bajar por la pendiente que lleva al ocaso, el escritor puede detenerse en el camino para coger las flores envenenadas, señalar los lodazales, describir las sentinas del vicio que encuentra á su paso. Allí hay lectores de todas clases, y muchos cuyas inteligencias estragadas por el exceso de la civilización necesitan un alimento condimentado con descripciones cada día más violentamente exageradas, y cuadros que conmuevan sus sentidos embotados por un refinamiento cercano á la corrupción, pues toda fruta demasiado madura toca ya á la podredumbre. Pero nuestras sociedades no han llegado á ese punto : están creciendo, no han acabado de formarse, necesitan alimentos intelectuales sanos é higiénicos, y ¡qué gloria sería para la mujer americana si pudiese proporcionar á nuestras incipientes sociedades la literatura que necesita para vivir con el alma, después de emplear sus facultades en trabajar en la parte, por decirlo así, material de nuestras instituciones sociales y políticas.

No creemos que se moraliza á los lectores poniendo ante sus ojos cuadros de vicios y corrompidas costumbres, aunque después se quiera señalar los incon-

venientes de esos vicios. El lector lee con avidez las descripciones que le llaman la atención, y olvida con frecuencia la moraleja del cuento, y no las escenas de desórdenes y malos ejemplos, cuidándose poco ó nada del castigo del vicio.

Hay la preocupación de que las virtudes y la abnegación de almas nobles, los percances y aventuras de personas buenas no pueden presentar drama interesante, y que solamente lances de amor llaman la atención, y eso si éstos son pecaminosos; que no se leen con gusto sino intrigas rebuscadas que ofenden el pudor y no deben ser leídas por las doncellas; pero ésta es preocupación y nada más; la VERDAD unida á un estilo ameno será siempre popular y tendrá más larga vida que toda narración que se dirige á esas pasiones falsas, inconstantes, ligeras, que pasan como las modas, sin dejar rastro ni huella, y que se olvidan como se olvida el corte del vestido del año pasado. No : las escritoras americanas deberían dedicarse con toda seriedad á hacerse un nombre imperecedero, haciendo el bien con las obras literarias que escribirán para cumplir la misión que creo que tienen en la nueva literatura hispanoamericana que alborea.

II

Escritoras hispanoamericanas.

Antes de la época llamada en Hispanoamérica de la Independencia, las mujeres educadas según la tradición española, si descollaban por sus atractivos físicos, sus virtudes y sus méritos morales, no podían

por cierto lucir entre sus conciudadanos como escritoras, puesto que ni á escribir se las enseñaba. Así, pues, las únicas que alcanzaron á hacerse un nombre en los anales de la literatura eran monjas que escribían para obedecer á sus confesores. Tenía que ser así, porque sólo á las religiosas se permitía escribir, y sólo ellas aprendían algo de lo que las laicas ignoraban, en las obras piadosas que solían estudiar para instruírse en las verdades de la religión.

En Chile — al principiar el siglo XVIII, — escribió un libro místico una monja del convento de la Victoria, llamada sor URSULA SUÁREZ. Hacia la misma época, en la ciudad de Tunja (en Colombia) la monja clarisa doña FRANCISCA JOSEFA DE CASTILLO Y GUEVARA se hizo notable por escritos que han sido elogiados por insignes críticos españoles. Contemporánea de las anteriores era la famosa doña JUANA INÉS DE LA CRUZ, — llamada la *décima musa* por su instrucción, sus talentos y sabiduría; ésta era también religiosa en un convento de Méjico; cultivó la poesía con grandísimo éxito, y sus obras han sido reimpresas repetidas veces en América y en España.

Con los albores y reflejos que arrojaba adelante la idea de la independencia de España, prodújose en toda la alta sociedad de las colonias americanas una efervescencia intelectual que estimuló también á las damas que veían preparar en torno suyo la revolución que debería estallar en primera ocasión.

En Santa Fe de Bogotá reinaban en una tertulia (llamada del *Buen Gusto*) dos damas : doña MANUELA SANTAMARÍA DE MANRIQUE y su hija doña TOMASA MANRIQUE. Las reuniones tenían lugar en casa de estas damas en los primeros años del siglo XIX. Doña Ma-

nuela era no solamente literata (dice Vergara en su *Historia de la literatura en Nueva Granada*), sino también naturalista. Poseía un valioso y curiosísimo gabinete de historia natural formado y clasificado por ella, el cual visitó y admiró el barón de Humboldt cuando recorrió el país. Doña Tomasa era poetisa.

La educación de la mujer dió un paso adelante; salieron éstas del marasmo en que se consumía su inteligencia, y las primeras que se dieron á conocer fueron patriotas elocuentes que usaron de la palabra para atraer á su causa á sus conciudadanos, como Mercedes Tapia, Martina Céspedes, Juana Azurdy, Jerónima San Martín en la Argentina y Bolivia; Javiera Carrera, Paula Sara Quemada, María Cornelia Olivares, Luisa Rocabarren, Gertrudis Serrano, las ilustres Toros en Chile; en el Ecuador se contarán varias patriotas. En el Perú rindió su vida por la Independencia María de Vellido. En Méjico la historia señala á doña Leona V. de Quintana Roo, María Josefa Ortiz de Domínguez y Agustina Ramírez. En Colombia, señoras de la alta sociedad se unieron á las del pueblo para trabajar en pro de la independencia y libertad de su patria; las más importantes de éstas fueron las señoras Andrea Ricaurte de Lozano; Juana P. Navas de García Hevia; Carmen Rodríguez de Gaitán; Policarpa Salavarruta y Antonia Santos. Estas dos últimas murieron en el cadalso más bien que denunciar á sus compañeros de conspiración. La primera era oriunda de la villa de Guadnas y la segunda del departamento de Santander (Charalá). Doña Carmen Rodríguez de Gaitán, madre de un general, hermana de un guerrillero ínclito, fué patriota entusiasta desde que se preparaba la revolución contra el gobierno español, que estalló el 20 de julio de 1810. Tan apreciada fué por sus compatriotas que su retrato se encuentra en la Biblioteca Nacional de Bogotá; además, la Cámara de Provincia de Cundinamarca expidió un decreto de honores cuando murió en Bogotá en 1852, ya de avanzada edad. En casa de doña Andrea Ricaurte de Lozano, que pertenecía á una de las familias más distinguidas de Bogotá, fué capturada Policarpa Salavarrieta y, sin duda, debido á la importancia de sus parientes, se logró el que no la hubiese fusilado también el virrey Samano, que entonces gobernaba el país. Compañera de éstas era doña Juana P. Navas Serrano, esposa del que fué gobernador de Cundinamarca (don Francisco J. García Hevia) y que murió en el cadalso por orden de Morillo. Doña Juana P. Navas sufrió persecuciones, confiscaciones de sus bienes, destierro, y obligaron á sus tiernos hijos á servir en los ejércitos realistas; sin embargo, vivió largos años siempre patriota y amante de la Independencia hasta la hora de la muerte.

Señalamos tan sólo á éstas como tipos de mujeres de esa época y por consiguiente no mencionaremos á otras que siguieron sus huellas y ejemplos. Las mujeres en Colombia se han distinguido siempre por su ardor patriótico y por la parte que han tomado siempre en luchas políticas.

Olvidada en gran parte por sus conciudadanos, la señora Josefa Gordon de Jove nació en Cartagena (de Indias) en 1796, pero emigró á Caracas desde muy joven y allí murió en 1850. Se distinguió por su cultura, su instrucción y por las poesías que com-

puso, algunas de las cuales se publicaron y la mayor parte quedaron inéditas.

III

Llevada á cabo la independencia de España, en todas partes empezaron á abrirse escuelas de niñas y fundarse colegios públicos y privados en los cuales se ofrecía á la mujer hispanoamericana una educación adecuada á las necesidades de la época en las incipientes repúblicas. Aparecieron en breve muchas poetisas y algunas escritoras, fruto de aquella instrucción que se las brindaba.

Las primeras que ensayaron su pluma en las lides literarias lo hacían con desconfianza; temiendo las críticas, no se desprendían sino paulatinamente de las preocupaciones añejas que los peninsulares habían legado en América á sus hijos.

Años después, escribía el notable literato ecuatoriano don J. León Mira estas líneas que copíamos por parecernos que vienen de molde aquí; pues lo que dice de las ecuatorianas puede referirse á las demás hispanoamericanas ahora treinta ó cuarenta años.

« El ingenio no escasea en las mujeres ecuatorianas, y siempre se le halla junto con la sensibilidad, la dulzura de carácter y otras prendas del corazón que las constituyen un verdadero tesoro de nuestra sociedad. Pero ¿por qué no brillan como deben en las regiones de la inteligencia? ¿Por qué no dan muestras de que piensan y sienten, y tienen facultades para pintar la naturaleza y fuerzas para disputar al hombre las coronas y los lauros apolíneos? ¿Por qué enmudecen? ¿ por qué se esconden? ¡Ah! es porque no se las comprende, ni se las educa, ni se las estimula. Somos todavía semibárbaros en nuestro porte con respecto á las mujeres : las miramos como inferiores nuestras, á lo más como compañeras de nuestra vida material y objetos destinados al placer y al servicio interior de nuestras casas. No aprecíamos en ellas el alma, sino el cuerpo, no buscamos las dotes de la inteligencia sino la efímera belleza de las formas exteriores. »

Á pesar de esto, desde el principio de la formación de las repúblicas hispanoamericanas varias mujeres empezaron á darse á conocer como poetisas y escritoras.

Sin distinguir naciones diferentes en la gran patria americana, — que debería constituírse en confederación para ayudarse, defenderse y darse mutuamente gloria, — vamos á hacer aquí un pequeño estudio de las mujeres escritoras de mayor mérito que se han dado á conocer en las antiguas colonias españolas. Procurarémos seguir el orden cronológico, aunque á veces nos apartaremos de ello cuando lo consideremos conviente.

Hija de uno de los mayores patriotas de la primera Colombia — de don José Acevedo Gómez, — DOÑA JOSEFA ACEVEDO nació en Bogotá en 1803. En casa de su padre primero, y más tarde en la de su esposo, don Diego Fernández de Gómez, doña Josefa tuvo ocasión de tratar de cerca á los hombres más eminentes de la naciente república. La primera educación que recibió no pudo ser muy profunda; pero su inspiración era naturalísima, su acento vigoroso, y si hubiese encontrado un medio intelectual más propicio, indudablemente desarrollara las grandes cualidades